

LELIO.
Mi reloj de repeticion dió la hora, y el padre cayó en sospecha.

PANTALON.
¡Oh diablo! ¿Y qué dijo?

LELIO.
Preguntó á la hija quién le habia dado aquella repeticion.

PANTALON.
¿Y ella?...
Dijo al momento que se la habia dado su prima.

PANTALON.
¿Qué prima es esa?

LELIO.
La duquesa Matilde, hija del principe Astolfo, hermana del conde Argante, superintendente de caza de su majestad.

PANTALON.
Tu mujer tiene una parentela estrepitosa.

LELIO.
Y de una nobleza lucidísima.

PANTALON.
Y en cuanto al reloj, ¿qué dijo su padre? ¿Se apaciguó?

LELIO.
Quiso verle.

PANTALON.
¡Bravo! ¿Cómo se compuso?

LELIO.
Fué Briseida, abrió un poco el armario, y me pidió bajito el reloj.

PANTALON.
Ya: se le diste y no hubo más.

LELIO.
Al sacarlo de la relojera, se enganchó la cadena en el gatillo de una pistola que tenía yo en el brinco, y se me disparó la pistola.

PANTALON.
¡Triste de mí! ¿Te hiciste daño?

LELIO.
Ninguno.

PANTALON.
¿Qué dijo? ¿Qué hubo?

LELIO.
Un alboroto infernal. Mi suegro llamó á sus criados...

PANTALON.
¿Y dieron contigo?

LELIO.
¡Yaya!

PANTALON.
El corazon se me salta. Y ¿qué hiciste entónces?

LELIO.
Echar mano á la espada y ponerlos á todos en fuga.

PANTALON.
¿Y si te hubieran muerto?

LELIO.
Tengo yo una espada que no teme ni á ciento.

PANTALON.
Con tiento, no se quiebre. ¿Con que así te escapaste?

LELIO.
¡Oh! yo no quise abandonar á mi hermosa.

PANTALON.
¿Y qué te dijo ella?

LELIO.
Se echó á mis piés llorando.

PANTALON.
No parece sino que me estás contando una novela.

LELIO.
Pues os digo la pura verdad.

PANTALON.
¿Cómo acabó el lance?

LELIO.
Mi suegro recurrió á la justicia, vino un capitan con una

compañía de soldados, me hicieron casar con la chica, y en castigo me señalaron veinte mil escudos de dote.

PANTALON. (Ap.)

Tal vez haya sido esta la primera vez que de un mal haya salido un bien.

LELIO. (Ap.)

Desafío al primer gacetero de Europa á inventar un hecho tan bien circunstanciado.

PANTALON.

Hijo mío, bravo riesgo corriste; pero ya que saliste con honra, da gracias á Dios, y ten más juicio en adelante. ¡Pistolas, pistolas! ¿Qué vienen á ser esas pistolas? Aquí no se usa eso.

LELIO.

Desde entónces no he vuelto á llevar más armas de fuego.

PANTALON.

Pero ¿por qué no diste cuenta de esa boda á tu tío?

LELIO.

Cuando ocurrió estaba gravemente enfermo.

PANTALON.

¿Por qué no me lo escribiste á mí?

LELIO.

Por deciroslo de palabra.

PANTALON.

¿Por qué no has traído tu mujer á Venecia?

LELIO.

Si está embarazada de seis meses.

PANTALON.

¿Embarazada por añadidura? ¡Y de seis meses! ¡Una friolera! Pues el lance no es tan reciente. Vaya, que has hecho una buena gracia con no avisarme. Tu señor dirá que tienes un padre sin crianza, pues no le he escrito ni un renglon felicitándole de tu enlace. Pero yo lo remediaré. Esta noche sale el correo de Nápoles; le escribiré al momento, encargándole sobre todo que me cuide á mi nuera y á lo que dé á luz, que siendo fruto de mi hijo, es también parto de mis entrañas. Voy corriendo... Pero ya no me acuerdo del sobrenombre de don Policarpo. Vuelve á decírmelo, hijo.

LELIO.

(Ap. Tampoco lo recuerdo yo.) Don Policarpo Carciofoli.

PANTALON.

¿Carciofoli? Me parece que dijiste otro. Ya me acuerdo; me dijiste Albacava.

LELIO.

Eso es: Carciofoli es el apellido, Albacava es su título; se llama de ambos modos.

PANTALON.

Ya estoy. Voy á escribir (1). Le diré que tan luego como

(1) Moncin continúa la escena así:

Pero

Es preciso que escribamos
A tu mujer que se venga;
Que quiero darla un abrazo.

CALIXTO.

No puede venir.

DON ALONSO.

¿Por qué?

CALIXTO.

Pues si está esperando el parto
De un instante á otro.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

Hijo mío, ¿con que aguardo
Tener pronto un nieto?

GARULLA.

O nieta.

Sí, señor.

DON ALONSO.

Mi gozo es tanto,
Que creo me vuelvo loco.
Mas no perder tiempo trato.
Voy á ver al tío Rodríguez.
Adios, hijo; más despacio
Hablarémos.

pueda venir, me mande á Venecia á mi querida nuera. No veo la hora de verla, no veo la hora de besar aquella tierna criatura, única esperanza y sosten de la casa Bisognosi, báculo de la vejez del pobre Pantalón.

Por la lectura de esta escena y la de Moncin se viene en conocimiento de que este, al imitar á Corneille, tuvo también presente á Goldoni. En la pieza italiana el padre del *Mentiroso* es médico; en la de Moncin lo es el padre de las damas.

Sigamos á M. Philàrète Chasles.

Celebra este ilustrado crítico, siguiendo á Voltaire, aquel verso original de Corneille:

Ce fut, s'il m'en souvient, le premier de septembre.

Confieso que ese chiste, verdaderamente de poco valor, no se halla en la comedia española; pero tiene la nuestra en cambio aquel rasgo tan oportuno:

¡Mal haya, amén, el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
A dar comenzó las doce.

Corneille se dejó en el tintero los dos primeros versos, y redujo los segundos á la fria expresion *ma montre sonna*. Compárese esto de *mi reloj dió* con lo de dar las *doce*, es decir, no uno ni dos golpes, sino el mayor número que podía; á tener el reloj intencion de perder á su amo, no hubiera podido hacer más para descubrir su escondite. Esto es cómico, es natural, y por consiguiente creible; y lo que añade Corneille poco despues, *en un cuarto de hora ha dado dos veces*, es una chanzoneta ridícula que García ó Doranto no hu-

biera tenido valor de pronunciar delante de su padre. También es ficcion más cómica la de engancharse el galan en la alcayata que la de romperse la espada en tres ni en treinta pedazos; y tampoco era de omitir aquella valiente réplica de don Beltrán:

También eso
Es mentir; que aun desmentir
No sabeis sino mintiendo.

Los versitos octosílabos españoles, cuando son de romance, podrán ser más fáciles de hacer que los alexandrinos franceses; pero no cuando forman redondillas ú otra combinacion métrica donde se use del consonante, porque entónces entre rima y rima solo median ocho sílabas ó quizá siete, y en el verso heróico frances median doce y trece, siendo así menor la sujecion y menor también el número de consonantes que se necesitan. Si en español se hacen versos con más facilidad que en frances consistirá en ser la lengua más varia en sus giros, no en que el metro carezca de inconvenientes.

En romance está escrita la escena en que García se finge casado; pero otras muchas de *La Verdad sospechosa* están versificadas con rima entera, y sujetas por ello á ley más rigurosa que la del alexandrino.

No he podido hallar en la escena de ALARCON los doce soles con sus lunas, aniquilados por la omnipotencia de Corneille, segun Mr. Philàrète Chasles.

En cuanto á si el trabajo de Corneille aventaja en elegancia y otras cualidades al de ALARCON, léase lo que sigue.

DEL SEÑOR DON ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

(Historia de la literatura y arte dramática en España, tomo II, páginas 624 y 625.)

Las comedias de ALARCON propiamente dichas desuellan sobre la mayor parte de las del teatro español por lo vivo é individual de sus caracteres, siendo célebre con especialidad *La verdad sospechosa*, prototipo del *Mentiroso* de Corneille, quien por cierto solo reprodujo una débil sombra del original... La tendencia moral notable de esta composicion debe ser lo que la ha valido tanto con algunos críticos, que la han declarado la mejor comedia española; opinion con que nosotros no estamos de acuerdo: Lope, Tirso, Moreto, Rojas y el mismo ALARCON escribieron comedias con invencion

más rica, con mucha mayor finura y gracia en el chiste. No por eso deja *La verdad sospechosa* de tener un mérito raro, y debe ser considerada como una de las pocas piezas en que se va directamente á un fin moral sin perjuicio de la poesia. Lucen más sus primores si se la compara con la seca y descolorida imitacion de Corneille, en la cual han quedado destruidos casi todos los rasgos de inteligencia y graciosos movimientos del original, y un bosquejo que brota vida por cada línea se ve desfigurado y convertido en un fastidioso proverbio moral.

GANAR AMIGOS.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCIA SUELTO (1).

Si hubiera de juzgarse del corazon y del carácter de los autores por sus obras, y si es verdad que su fisonomia moral se halla en sus escritos, deberiamos creer que RUIZ DE ALARCON fué un hombre digno del mayor

aprecio por sus nobles prendas y por la generosidad de su alma. Basta para formar este concepto la comedia que presentamos al público. En ella luce eminentemente la magnanimidad, la elevacion de sentimientos y el heroismo de la amistad. No habrá quizá otra pieza dramática en ninguna de las lenguas conocidas que pinte con más verdad y belleza estas prendas, que rara

(1) Los artículos de este crítico insertos aquí se han tomado de la *Coleccion general de comedias escogidas* que principió á publicarse en Madrid el año de 1826.

vez se hallan reunidas en un solo individuo; y si se juzga la comedia de *Ganar amigos* con arreglo á estos principios, es verdaderamente ideal. El marqués don Fadrique manifiesta siempre una generosidad, una fuerza de alma y una bondad consumadas. ¿Será fácil hallar un hombre que no solo perdone al homicida de un hermano querido, le conserve la vida y le liberte de la persecucion de la justicia, sino que se declare su amigo y le ruegue con la amistad? No es ciertamente más admirable ni más sublime Augusto cuando en la tragedia de Corneille dice á Cinna: *Soyons amis, Cinna; c'est moi qui l'en convie*, que el Marqués diciendo á don Fernando.

Para conmigo
No solo estáis perdonado,
Pero os quedaré obligado
Si me quereis por amigo.

César al fin perdonaba una ofensa personal, un delito que no se habia consumado, y podia hacerlo sin perjuicio de tercero, ó castigarle á su placer. Al hombre á quien la Providencia confia el gobierno de un imperio se le debe mirar como un ser sobrenatural, grande, espléndido, magnánimo y muy superior á los demas hombres. Don Fadrique no era un monarca, y manifiesta, sin embargo, la sublimidad que parece inseparable de este augusto destino.

Aunque no tuviera esta comedia más mérito que el del carácter bondadoso y noble del Marqués, seria digna del aprecio de los inteligentes. ¿Con cuánta más razon deberá serlo, cuando todos los demas personajes, sin adolecer del vicio de la monotonía, compiten en heroísmo? Don Fernando es casi igual al Marqués; quiere mejor perder la vida á sus manos que revelar el secreto que ha prometido guardar á una mujer á quien ama, y de cuya correspondencia no está completamente seguro.

DON FERNANDO.
Resuelto á callar estoy.

MARQUÉS.
¿Qu'os resolvéis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
A no decirlo?

DON FERNANDO.
Conmigo
Ha de morir mi secreto.

Don Pedro de Luna tiene tambien esta especie de heroísmo ideal que admira y enciende la imaginacion. Odia al Marqués porque cree que por influjo suyo y por envidiar su privanza le envía el Rey á la guerra de Granada; pero cuando se desengaña y conoce lo que debe á don Fadrique, es un héroe; no duda un momento exponerse á perder la estimacion pública, la gracia de su soberano, y hasta la misma vida, por salvar al que juzgaba su enemigo.

Don Diego manifiesta la misma heroicidad, pues á pesar de hallarse comprometido por el delito atroz que cometió celoso del Marqués, se delata él mismo y se ofrece á la muerte por librarle... Pero ¿qué más, si hasta Encinas, que por el lugar infimo que ocupa en la

sociedad es un personaje humilde y bajo, se presenta tambien como un modelo en su clase? Prefiere perecer en el cadalso á faltar á la palabra que dió á don Diego.

Y ¿qué dirémos del carácter del rey don Pedro, en quien resplandece tan eminentemente la rectitud y la justicia? Es un verdadero Catón en la integridad y rigidez. Es digno de observarse que los historiadores no le pintan del mismo modo que los poetas. Estos parece que siguieron en este punto las tradiciones populares, y aquellos se dejaron tal vez arrastrar del espíritu de partido. Los eruditos, más versados que nosotros en este ramo de la literatura, podrán dar á aquel príncipe el verdadero concepto que merece; nosotros hablamos del que se forma leyendo esta comedia.

Doña Ana y doña Flor, aunque esta es el móvil de la intriga y aquella la causa de la prision del Marqués, la cual produce el desenlace, no pueden compararse á los demas personajes; pero ambas son decentes, punzonosas y amables. Doña Flor es, sin embargo, un poco coqueta, y se muestra más interesada y ambiciosa que sensible y enamorada.

La intriga de esta comedia está bien imaginada y conducida, supuesto el principio que habian adoptado nuestros antiguos poetas dramáticos; y prescindiendo de las mutaciones frecuentes de la escena, y del tiempo que empleaban en la accion, esta es bastante regular; ademas de que por el interes que inspiran los personajes, el asunto mismo y las situaciones, se olvidan estos defectos. ¿Y será posible que no los olviden tambien aquellos censores austeros que llevan siempre en la mano el helado compas de los preceptistas para juzgar á nuestros antiguos autores, sin atender al tiempo en que escribieron, y á que fueron los primeros que en este género inspiraron el buen gusto á la Europa moderna?

Pero en lo que es sobresaliente RUIZ DE ALARCON es en el lenguaje. Ningun escritor español le ha poseido con más pureza, propiedad y correccion. No tememos asegurar que es uno de los mejores, si no es el primero, de los hablistas castellanos. Es un modelo que debe estudiarse continuamente.

Su versificación, llena, fácil y sonora, no es tan pintoresca como la de Tirso ni tan poética como la de Lope y Calderon; pero no se encuentran en ella los resabios del mal gusto que introdujo Góngora.

Por estas prendas, y otras que darémos á conocer, creemos que RUIZ DE ALARCON merecerá el aprecio de los inteligentes, así como merece un lugar muy distinguido en nuestro parnaso. Algunos le gradúan de un poeta de segundo orden en su género. Nosotros no trataremos de probar que pertenece al primero, porque no es este nuestro propósito, y porque en las artes de imitacion pueden los inteligentes profesar los mismos principios generales, y formar, sin embargo, distinto concepto del mérito individual de los escritores. Un amigo nuestro dice que todo puede probarse, y en verdad que en ciertas materias tiene razon, y mucho más en las de puro gusto, porque cada uno tiene el suyo, dependiente de la educacion que ha recibido, de sus estudios y de su organizacion particular.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios.)

Este poeta se ejercitó tambien en la comedia heróica, tan del gusto de su siglo. Entre las que escribió en este género sobresalen *Ganar amigos*, ó *Lo que mucho vale mucho cuesta*; *Los pechos privilegiados*, ó *Nunca mucho costó poco*, y *La amistad castigada*. Comenzáremos por la primera, que es la mejor de las tres, aunque todas tienen el defecto general de demasiada complicacion en la fábula.

La accion de *Ganar amigos* se reduce al peligro de que escapa el privado de un rey, acusado calumniosamente de un delito atroz, por haber procurado hacer bien y adquirir amigos en todo el tiempo que gozó de su privanza. El marqués don Fadrique, valido de don Pedro el Cruel, perdona y salva á don Fernando de Godoy, que habia muerto á su hermano en un desafío; impide la muerte que el Rey queria dar á don Pedro de Luna por haber violado el decoro de su palacio; gana á don Diego de Padilla, prometiéndole no volver á hablar á su hermana Flor, causa de la muerte de su hermano, y haciendo que el Rey le favorezca.

Vióse despues calumniado y preso por un delito cuyo verdadero perpetrador era don Diego; y tanto este caballero como los otros dos favorecidos por el Marqués se presentan á padecer por él: Padilla como verdadero delincuente, Godoy como autor de la muerte del hermano que la envidia achacó á don Fadrique cuando le vió caído, y Luna ofreciéndose á sacarle de la prision y á quedarse en ella. El Rey, que escuchaba escondido la generosa lucha de los cuatro, perdona á los delinquentes y vuelve á su gracia al Marqués.

Esta es quizá la comedia mejor escrita y dialogada de ALARCON. La elocucion es siempre correspondiente á la nobleza de los sentimientos que en ella se describen. La escena en que el Marqués quiere averiguar del matador de su hermano quiénes y cuáles eran sus relaciones con Flor, es admirable. Godoy hace alguna resistencia á declararse, y el Marqués le dice:

Ved que me habeis agraviado,
Pues dais en eso á entender
Que os engendra mi poder,
Y no mi valor, cuidado.

FERNANDO.

¿Cómo?

FADRIQUE.

Clara es la razon
En que este argumento fundo;
Que si las leyes del mundo
Piden la satisfacion
Como fué la ofensa, es llano
Que cuerpo á cuerpo los dos
Debo vengarme, pues vos
Matasteis así á mi hermano.

FERNANDO.

Es así.

FADRIQUE.

Pues si es así,
Y que estamos hombre á hombre,
Querer ocultarme el nombre
Cuando os tengo á vos aquí,
Y decir que de esa suerte,
Si no os quiero perdonar
Mi ofensa, pensais librar
Vuestra vida de la muerte,

¿No es evidente probanza
De que pensais que pretendo
Saber quién sois, remitiendo
A otra ocasion mi venganza?
Pues si teniéndoos presente,
Pensais que no quiero aquí
Vengarme de vos por mí,
Dais á entender claramente
Que os pretendo conocer
Porque pueda en mi ofensor,
Lo que agora no el valor,
Hacer despues el poder.

Don Fernando, convencido por las razones del Marqués, le confiesa su nombre; pero en cuanto á Flor, dice:

Lo primero
Pensad que jamas su honor
Sufrió la duda menor;
Luego, como caballero
Y galan, me decid vos
Si, dado caso que fuera
Yo tan dichoso que hubiera
Secretos entre los dos,
¿Diera el descubrillos fama
A mi honor, si es, segun siento,
Inviolable sacramento
El secreto de la dama?

FADRIQUE.

Pues si callar os prometo,
El ser quien soy ¿no me abona?

FERNANDO.

No hay excepcion de persona
En descubrir un secreto.
En vano estáis porfiando.

FADRIQUE.

Advertid que con callar
Me dais más que sospechar
Que podeis dañar hablando,
Si al constante desvario
En que dais, de doña Flor
Os ha obligado el honor.

FERNANDO.

No me obliga sino el mio,
Ni temo que sospecheis
De su honor por eso mal;
Que sois noble, y como tal
La sospecha engendraréis.

Irritado el Marqués del silencio de Godoy, se resuelve á arrancarle el secreto á estocadas. Sacan las espadas, riñen, y el Marqués triunfa, y le pregunta lo que le ha pasado con Flor.

FERNANDO.

Resuelto á callar estoy.

FADRIQUE.

¿Que os resolvéis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
A no decirlo?

FERNANDO.

Conmigo
Ha de morir mi secreto.

El Marqués elogia esta noble determinacion, le concede la vida y añade:

Guardaos, si viene á saberse
Que fuistes vos mi ofensor,

Porque en tal caso mi honor
Habrá de satisfacerse ;
Mientras no, para conmigo
No solo estáis perdonado,
Pero os quedaré obligado
Si me quereis por amigo.

Tales eran los sentimientos caballerosos de la época; y si la venganza se miraba como permitida, era solo por no sufrir el desdoro de que se dudase de la valentía. La ilustración de nuestro siglo no ha podido acabar con esta preocupación ni con el desafío, que es su con-

secuencia inmediata; pero nuestra perversidad ha destruido el respeto al honor de las damas, el sacrificio de la vida á favor de la amistad y de la reputación: en fin, casi todos los afectos generosos propios de aquel tiempo. Sabemos más, si se quiere; tenemos menos preocupaciones; pero nos conducimos peor en las relaciones sociales. ¿Qué se ha sustituido al culto que se tributaba entonces al valor, al honor y al amor? El anhelo de la codicia y los tormentos de la ambición.

EL ANTICRISTO.

Pieza de pobre invención, pero llena de grandilocuencia trágica. La escena entre el Anticristo y su madre es terrible como pocas. También es notable en su línea la controversia entre Elías y el Anticristo al principio del acto 2.º La muerte del Patriarca, que profe-

tizada por el impostor, le gana la fe del pueblo iluso, testigo del supuesto milagro, recuerda la muerte de Seide en el *Mahoma* de Voltaire: la situación es casi enteramente la misma, aunque más justificada y propia en el drama español que en la obra francesa.

EL TEJEDOR DE SEGOVIA.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios.)

Estas dos comedias, con las cuales concluirémos nuestros estudios acerca de este insigne poeta, componen un verdadero drama romántico, que podría dividirse en cuadros según la moda del día. Mas no es conforme á ella en el desarreglo de las ideas morales. Su argumento es la venganza que un caballero castellano toma de los calumniadores y asesinos jurídicos de su padre, perseguidores suyos, y uno de ellos seductor de su hermana.

CUADRO PRIMERO.—*La traición*.—Dos moros disfrazados de cristianos emprenden asesinar al rey Alonso VI de Castilla. La guardia acude á tiempo; huyen dejando caer unas cartas, y son perseguidos y despedazados por los soldados. Pero el anciano Beltrán Ramírez, que no podía seguirlos con tanta celeridad, encuentra las cartas, las lee, y ve que son del rey moro de Toledo al marqués Suro Peláez y á su hijo el conde don Julian, que se habían comprometido á favorecer la empresa de los asesinos. El honrado Ramírez, hallándose á solas con el Marqués, le afea su delito; mas le promete ocultarlo si se enmienda: se queda con las cartas, y le da los sobrescritos. El Marqués, dueño de ellos, se los come para destruir este vestigio de su crimen, y acusa á Beltrán ante el Rey, de la traición. Sirve para dar viso de verdad á la calumnia hallarle las cartas. El Rey manda prenderle, confiscar sus bienes, recluirla á su hija, y cuando vuelve don Fernando Ramírez, hijo de Beltrán y protagonista del drama, victorioso de los moros, el premio que encuenra de su victoria es ver á su padre degollado.

CUADRO II.—*La torre de San Martín*.—Los dos traidores, padre é hijo, fueron desde entonces las personas más favorecidas del Rey, y se encargaron de perse-

guir á Fernando, el cual se hizo fuerte en la torre de San Martín de Madrid con un amigo y un criado, demoliendo una parte de ella é impidiendo á cantazos que nadie se acercase á la iglesia. Doña María de Lujan, doncella noble, huérfana y rica, que vivía cerca, enamorada del indomable valor con que se defendía Ramírez contra la multitud de sus enemigos, se abrió paso por la noche hasta él, acompañada de un criado de su confianza, por medio de un subterráneo de su casa, que comunicaba con las bóvedas de la iglesia; le manifestó quién era, su amor y su proyecto de libertarle, y le llevó los víveres que necesitaba; porque sus perseguidores habían resuelto hacerle morir de hambre como á Pausánias.

CUADRO III.—*El Tejedor*.—El criado de doña María había sido tejedor de lana en Segovia. Marchó á esta ciudad con su ama, vestida humildemente, como nuera suya. Don Fernando, después de haber despedido con varios pretextos á su amigo y á su criado, trocó sus vestidos con un cadáver reciente y de su misma estatura, le desfiguró el rostro á puñaladas, lo dejó donde pudiese ser reconocido, huyó á Guadarrama, cuyo cura le proporcionó otro traje, aunque humilde, y se presentó en Segovia como esposo de la fingida Teodora é hijo del criado Pedro Alonso, que ya tenía establecida su fábrica de telares. Tomó el nombre y la profesión del supuesto padre, y fué recibido con aplauso de todos los de la corte, porque se aseguró que era muy valiente y que venía de la guerra.

CUADRO IV.—*El bofetón y la cárcel*.—La corte residía á la sazón en Segovia. El conde Julian Peláez, á quien estaba confiada la reclusión de Ana Ramírez, la había seducido, la tenía en una casa de campo, entre-

teniéndola con varios pretextos para no darle la mano; y entre tanto, enamorado de la supuesta Teodora, la requirió de amores. Su marido se opuso á que entrase en su casa, el Conde le dió un bofetón, y él sacó la espada y le hirió. Fué preso y cargado de grillos y cadenas. En la cárcel halló muchos valentones que le respetaban y querían por su intrepidez. Pidió á uno de ellos que le diese una herida en la cabeza, fingió que se la había hecho tropezando y cayendo en una escalera, se puso en la enfermería, aunque con esposas, se mordió el artejo de un dedo para sacarlas, y haciendo escalas de las sábanas de los enfermos, huyó de la cárcel con todos los reos que quisieron seguirle, y llevándose á su Teodora, se refugió á la sierra de Guadarrama.

CUADRO V.—*Los bandoleros*.—Vivió en ella tomando lo necesario para sí y los suyos, cuyo número se aumentó hasta tal punto, que pudieron encastillarse en aquellas montañas. Un criado antiguo suyo, sobornado para venderle, vino con otros asociados á su intento, á unirse á su compañía, aprovechó una ocasión en que estaba descuidado y solo con Teodora, los maniataron y caminaron á Segovia. Llegaron de noche á una venta, donde mientras los apresadores comían, el tejedor puso las manos en la luz del candil, quemó las cuerdas que las ataban, quitó la espada á uno de ellos, los acuchilló, desató á Teodora, y huyó con ella; pero cargando gente, se le quebró la espada, y se separaron en la fuga, bien que no mucho, pues llegaron con poco intervalo de tiempo á la quinta del Conde, á cuya puerta se hallaba este, ya convalidado de su herida. Teodora, viendo el peligro, fingió cariño al alevoso perseguidor, que quería matar á Fernando, y le pide la espada para hacerlo ella misma. Tómalala, se la entrega á su esposa para que se defiendan, y huye. Fernando obliga al Conde á encerrarse en su casa, después de lo cual se reúne con Teodora y con sus compañeros.

CUADRO VI.—*La venganza*.—El tejedor saca á su hermana de la quinta donde estaba, vuela á la del Conde, se hace dueño de su persona y de las de sus criados,

En el prólogo á esta colección escribí: «Nombres, caracteres y hechos hay en la primera parte de *El Tejedor de Segovia*, que en la segunda se hallan trocados.» Aquí es el lugar propio para justificar aquella proposición.

En la primera parte el Conde, hijo del Marqués, lleva el nombre de *Julian*; en la segunda se llama *Juan*.

El rey de Toledo tiene el nombre de *Ayafafen* en la parte primera; en la segunda recibe el de *Ceilan*.

Doña María se pone en la primera parte el nombre de *Teodora*; la Teodora de la parte segunda no se dice que sea doña María. Esto en cuanto á diferencia de nombres.

Diferencia de caracteres. El Marqués en la primera parte es un malvado vil; en la segunda se muestra gran caballero: el ministro más recto no hablaría á su hijo con más dignidad que él al Conde en la escena 14 del acto 1.º, que recuerda la 9.ª del 2.º acto en *La verdad sospechosa*.

Doña María es una dama heroica en la primera parte;

A.

le obliga á casar con doña Ana, á quien debía el honor, se queda solo con él, le declara que es el mismo Fernando Ramírez á quien todos creían muerto, le enumera los agravios recibidos, y los venga peleando con él cuerpo á cuerpo y dándole la muerte. Marcha después con sus bandoleros, convertidos ya en soldados, en defensa del Rey, que llevaba lo peor en una batalla contra los moros; restablece el combate y da la victoria á su patria; pero encontrándose con el Marqués, le acomete, le rinde, le hiere mortalmente, y le obliga á confesar delante de todos la calumnia de que fué víctima su honrado padre. El Rey le restituye á su gracia.

Si hay alguna composición verdaderamente romántica, esto es, novelesca, es la fábula del *Tejedor de Segovia*. Está llena de acción, de movimiento y de interés. El lenguaje, aunque no tan esmerado como en otras comedias de Alarcon, es animado, vehemente, sobre todo en el papel de Fernando, cuyo carácter emprendedor é impetuoso no se desmiente nunca. Sirva de ejemplo este monólogo que dice cuando pone las manos en las llamas del velon de la venta:

¡Dadme favor, santos cielos!
Que mientras hablan, dispongo
Que el fuego de este velon
Me dé remedio piadoso.
Aunque las manos me abrase.
Elemento poderoso,
Esfuerzo la acción voraz,
Tú, que los húmedos troncos,
Los aceros, los diamantes,
Sueles convertir en polvo.
¡Ah! ¡Pese á tu actividad!
Todo me abraso, y no rompo
Los lazos. Fuego enemigo,
¡Dante pasto mas sabroso
Mis manos que esas estopas,
Que te suelen ser tan propio
Alimento?—Ya estoy libre.
Ahora si cuantos monstruos
De Egipto beben las aguas,
Pacén de Hircania los sotos,
Se oponen á mi furor,
Los haré pedazos todos.

Teodora, en quien ha transmigrado en la parte segunda, es una buena aldeana, que poco ó nada conserva de su noble y orgulloso sér primitivo.

Hechos cambiados. En la segunda parte afirma doña Ana que el sugeto que confeccionó el veneno le dió aviso y tiempo, y que fingió ella morir; en la parte primera no hay tal aviso ni tal ficción.

En la segunda parte no se dice quién fué el confeccionador del tósigo; en la primera es Garceran quien se encarga de ello.

En la primera (acto 3.º, escena 12) se va Garceran á Segovia con ánimo de sostener la inocencia de su amigo Fernando, quien también se dirige, aunque disfrazado, á la misma ciudad; en la segunda parte don Fernando y Garceran viven en Segovia, y Garceran no conoce á Fernando. Se da por razón que Garceran tenía á Fernando por muerto; pronto hubiera debido salir de su error viéndole vivo, por más que la falta de barba le disfrazase el rostro. Pero hay además otro inconveniente mayor, si admitimos que Teodora fuese doña María. De

esta no se nos dice, ni era fácil, que se disfrazara el semblante; ella, sin embargo, reside también en Segovia, y Garceran no la ha conocido.

Contradicciones tan evidentes no pueden tener otro origen sino ser de diferentes autores la primera y la segunda parte del *Tejedor de Segovia*; piezas, además, cuyo estilo se diferencia tanto, que me exime de entrar en comparaciones para probarlo.

Cuando ALARCON cita su obra en el proemio al segundo tomo de sus comedias, la llama lisa y llanamente *El Tejedor de Segovia*, sin calificarla de *segunda parte*: fuer-

te indicio para creer que no existía la *parte primera*. En mi concepto fué escrita después: quizá hubo una comedia antigua fundada en las aventuras de don Fernando Ramírez de Vargas, la cual probablemente no llevaría el título de *El Tejedor de Segovia*, y de ella tomarían el asunto para la suya DON JUAN DE ALARCON y el desconocido que escribió la parte primera, donde hay muy buenas situaciones, algunos rasgos magníficos, mal lenguaje frecuentemente, y una porción de extravagancias de estilo.

LOS PÉCHOS PRIVILEGIADOS.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios.)

Este es el drama en que RUIZ DE ALARCON desplegó más conocimientos morales y políticos. Abunda en excelentes principios, expresados con toda la dignidad de la tragedia. Es menester leerlo todo para conocer el mérito de la elocución, aunque no dejaremos de citar algunos de los trozos que nos han parecido mejores.

No merece tal elogio ni el plan ni la disposición de la fábula. El interés que excita el primer acto se debilita notablemente en los otros dos. Don Melendo, conde de Galicia, tiene dos hijas, Leonor y Elvira. Rodrigo de Villagómez, infanzon de Leon, ama correspondido á la primera, y ha tratado con el Conde, que es su amigo, casar con ella. Alonso V, rey de Leon, ama á Elvira; mas no para hacerla su esposa. Quiere que su privado Villagómez le sirva de tercero en su amorío, y el noble infanzon se resiste: pierde así su gracia y valimiento.

Pero desde el principio del 2.º acto hasta el fin apenas da un paso la acción, á pesar de los muchos lances y episodios y de su buen estilo. Los sucesos posteriores, hasta el desenlace, han de estar contenidos en los anteriores y en el carácter conocido de los personajes, y de tal manera enlazados, que crezca á cada momento la curiosidad del espectador. Al fin Alonso casa con Elvira por no sufrir que diese su mano á un don Sancho, rey de Navarra, que la amaba, y vuelve á su gracia á Villagómez porque el pueblo y los grandes de Leon murmuraban de su caída.

Es natural que se pregunte la razón del título. Desde la 2.ª jornada, sin ser anunciada ni esperada, se presenta Jimena, montañesa de Leon, nodriza de Villagómez, que adora á su alumno, y que siendo valiente y de muchas fuerzas, le salva de un lance en que el Rey quería matarle. Cuando llegó el momento de la reconciliación Alonso V concedió á la casa de Villagómez el privilegio de que gozasen nobleza las amas que diesen el pecho á sus hijos. ALARCON en los últimos versos de la pieza asegura que en su tiempo se conservaba este raro privilegio en aquella familia.

La mejor escena es sin disputa la segunda del primer acto, en que el Rey declara á Villagómez su amor

y le pide que sea su tercero. Don Rodrigo le responde que Melendo no le negará su hija si se la pide por esposa.

ALONSO.

En tan poca habeis creído
Que me estimo, que os pidiera,
Si ser su esposo quisiera,
El favor que os he pedido?

RODRIGO.

Y en tan poca estimacion
Os tengo yo, que debia
Presumir que en vos cabia
Injusta imaginacion?
Y en tan poco me estimais,
Y me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea
Valeros de mi querais?

El Rey se disculpa con la violencia de su pasión. Villagómez le replica que si puede vencerla para no casarse con Elvira, ¿por qué no la ha de vencer para no ofenderla? El Rey le responde:

Porque lo primero fundo
En buena razon de estado,
Y en estar enamorado,
Que es sin razon, lo segundo.

Villagómez hace presente al Rey que en nada le manifiesta más su amistad que en oponerse á su intento.

ALONSO.

Yo me doy por advertido
Y del consejo obligado;
Mas pues, habiéndole dado,
Con quien sois habeis cumplido,
Determinándome yo
A no tomalle, Rodrigo,
Debe ayudarme mi amigo
A lo mismo que culpó.

RODRIGO.

Señor, la misma razon
Por que á mi me lo encargais,
Hace, si bien lo mirais,
La mayor contradiccion;
Que si á Elvira puedo hablar
Por ser amigo del Conde,
Con eso mismo responde

Mi fe que me he de excusar;
Pues ni yo fuera Rodrigo
De Villagómez, ni fuera
Digno de que en mi cupiera
El nombre de vuestro amigo,
Si solo por daros gusto
En un caso tan mal hecho,
Hiciera á un amigo estrecho
Un agravio tan injusto.

El Rey continúa instándole, añadiendo:

Y para que os reduzgais,
Advertid que es necesidad
Perder de un rey la amistad
Por lo que no remediáis;
Que para este fin, Rodrigo,
Mil vasallos tendré yo
Sin dificultad; vos no
Fácilmente un rey amigo.

Rodrigo permanece firme, el Rey lo despide indignado, y él exclama:

¿Esto es servir? ¿Estos son
Los premios de la fineza,
Los fines de la grandeza,
Los frutos de la ambicion?
De modo que la razon
No ha de ser ley, sino el gusto,
Y que cuando el Rey no es justo,
Quien conserva su privanza
Viene á dar cierta probanza
De que también es injusto?
Pues no, no perdais, honor,
La alabanza más segura,
Que ser privado es ventura,
No quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
De ajenos rayos prestado,
Y es luz propia haber mostrado
Que quiso más ser Rodrigo
Buen amigo de su amigo,
Que de su rey mal privado.

Semejantes á estas sentencias hay otras muchas en el drama, como llamar al ministro

... del peso del gobierno
Un lustroso ganapan.

O esta:

El vulgo mal inclinado
Siempre condena al privado,
Siempre disculpa al caído.

O bien:

No se merece sirviendo;
Agradando se merece.

Estos versos los dice Villagómez al Conde, pero sin decirle por qué había caído de la gracia del Rey; y al despedirse añade:

Pues sois mi mayor amigo
Y callo, debe de ser
Imposible declararme;
Mas si sabeis discurrir,

Harto os digo con partir,
Con callar y no casarme.

Diciéndole el Conde que le volverá á la gracia y á la privanza del Rey, le responde:

Lo que pedis os permito,
Si bien, Melendo, os limito
El volverme á la privanza.
La gracia si me alcanza
(Que esta es forzoso que precie,
Pues no hacerlo fuera especie
De locura ó deslealtad);
Pero el asistirle no;
Porque si Faeton viviera,
Fuera necio si volviera
Al carro que lo abrasó.

Cuaresma dice que el hombre ruin elevado á alto puesto

Es un gigantón del Córpus,
Que lleva un pícaro dentro.

Ramiro, sucesor de Villagómez en la privanza, no tiene sus nobles sentimientos; dice que

... las leyes
En las manos de los reyes
Que las hacen, son de cera;
Y que puede un rey que intenta
Que valga por ley su gusto,
Hacer licito lo injusto
Y hacer honrada la afrenta.

El Rey aplaude estas máximas impías en moral y en política, como jóven y enamorado.

La situación del fin del primer acto es sumamente teatral. El Conde encuentra en su casa al Rey y á Ramiro, sin conocer al primero, y los acomete al frente de su familia.

CONDE.

¡Muera el alevé Ramiro!

RAMIRO.

Perdidos somos, señor.

BERMUDO.

¡Mueran!

ELVIRA.

¡Ay de mí!

ALFONSO.

Teneós

Al Rey.

CONDE.

¿Al Rey?

ALFONSO.

Si.

CONDE.

El Rey sois,

Aunque no lo pareceis.

Rasgo sublime, y que, como todos los de su especie, encierra muchos pensamientos, y anuncia gran vigor de ánimo en el infanzon leal y pundonoroso, que al pronunciar estas palabras deja caer la espada.

LA PRUEBA DE LAS PROMESAS.

Concluye la comedia con los cuatro versos siguientes:

Esta verdadera historia,
Senado ilustre y secreto,
Cuenta el conde Lucanor
De un mágico de Toledo.

La historia es esta (*El conde Lucanor*, compuesto por el excelentísimo príncipe don Juan Manuel. Madrid, 1642):

«En Santiago había un dean que había muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, é oyó decir